

estaba destinado. No ha sido empleado en satisfacer las necesidades de los desgraciados: los aliviará en sus necesidades espirituales. Vuestras misas servirán para sacarlos de las llamas del purgatorio á donde les han sumergido más profundamente sus murmuraciones contra Dios y sus sublevaciones culpables motivadas por la injusticia de que les habíais hecho víctimas. Libres ellos, cuando hayan salido, y sino tienen otra cosa mejor que hacer, añadirán el peso de sus ruegos al de vuestros méritos débiles, para obtener de Dios vuestro rescate. Por mí, no puedo hacer más que una cosa: es dejar esa balanza en el estado que se encuentra y esperar para abriros el paraíso, que se incline más pronto ó más tarde, si se puede al lado bueno.

COMO NO BASTA SER POBRE
PARA ENTRAR EN EL CIELO.

Verdaderamente, llevaba la librea de aquellos á quienes Jesús, en su divina compasion, ensalza particularmente el miserable andrajoso que, con una seguridad poco comun entre los desheredados del mundo, llamaba y llamaba fuerte á la Puerta del Paraíso, impacientándose de que no se abriera en seguida.

—Teneis mucha prisa, segun parece, dijo San Pedro; presentándose al fin ante él.

—¿No tengo buenos motivos para ello? Despues de haber padecido tanto tiempo en la tierra, ¿no es natural que tenga prisa por entrar en seguida en el Paraíso?

—¿Entrar en el Paraíso? contestó San Pedro; ¿entrar derecho en el Paraíso!... ¿Y con qué título, si os place?

—¿Con qué título? Pues es bien sencillo. ¿Sólo mi aspecto no os lo demuestra? Soy, debéis verlo, uno de aquellos á quien se denomina amigo de Dios.

—¿Los amigos de Dios?... Dios tiene amigos de diversas especies. ¿A qué categoría de amigos pretendéis, pues, pertenecer?

—Es sensible, á la verdad, perder en esplicaciones un tiempo que estaría mejor empleado en gozar. Pero veis estos andrajos que apenas cubren mi desnudez. ¿No es este el traje del pobre? ¿Del amigo preferido de Dios?

—Veo bien el traje del pobre, en efecto; pero el hábito no hace al monje y no hace tampoco al amigo de Dios. Pingajos sobre miembros descarnados no son, los únicos títulos para asegurar la entrada en el cielo.

—Pero estos harapos y estos miembros descarnados son los testigos, replicó el hombre con una irritacion sorda, de una vida de privaciones, de humillaciones y de sufrimientos.

—Decid más bien, que son, en vuestro caso, los testigos de una vida dada á la organza y al desórden.

—Si lo tomáis de ese modo, San Pedro, dijo el miserable, afectando un aire contristado y humilde, responderé que ellos atestiguan mi castigo y mi expiacion.

—Vuestro castigo, si, vuestra expiacion de ningun modo. Se expia por el castigo, no por la voluntad. ¿Habeis aceptado vos con sumision ese castigo merecido? Habeis murmurado contra Dios; habeis blasfemado de su justicia; teneis envidia, odiando á los que llamais dichosos; habeis buscado sumergiéndoos en el libertinage, el olvido de penas que, si las hubiéreis soportado con espiritu de reparacion, debian aseguraros, purificándoos, la dicha á la cual os creéis sin razon con derecho de pretender hoy. Vuestra miseria, fruto de vuestras faltas, no es la pobreza que Dios quiere y á la cual reserva ricas compensaciones. Cuando se os impuso castigo por la remision de esas faltas, vuestro corazon lo aceptó. Si, para obtener entrada en el cielo, no teneis más que andrajos que mostrar, eso no basta: retiraos.

—Decid más bien, que son, en vuestro caso, los testigos de una vida dada á la organza y al desórden.

Tenia la frente serena, la mirada tranquila, la sonrisa en los labios, y en todo su aire, la plena confianza del hombre que cree segura la mejor acogida cuando se presentó para ser juzgado por el tribunal donde se sienta San Pedro. Y ciertamente, esa perfecta tranquilidad, esa confianza entera, no la tenía sin alguna razón. Porque, en efecto, era la expresión de la verdad, á juzgar por la inscripción que en aquel mismo momento se estaba grabando sobre la losa destinada á cubrir su tumba, que decía:

Fuè un hombre honrado.

¿Por qué la mirada del Santo, en que brillaba siempre el rayo de una alegría celeste cada vez que veía aproximarse uno de esos gloriosos vencedores de los

Tenia la frente serena, la mirada tranquila, la sonrisa en los labios, y en todo su aire, la plena confianza del hombre que cree segura la mejor acogida cuando se presentó para ser juzgado por el tribunal donde se sienta San Pedro. Y ciertamente, esa perfecta tranquilidad, esa confianza entera, no la tenía sin alguna razón. Porque, en efecto, era la expresión de la verdad, á juzgar por la inscripción que en aquel mismo momento se estaba grabando sobre la losa destinada á cubrir su tumba, que decía:

Fuè un hombre honrado.

¿Por qué la mirada del Santo, en que brillaba siempre el rayo de una alegría celeste cada vez que veía aproximarse uno de esos gloriosos vencedores de los

combates de la vida, al cual iba á coronar la victoria por una sentencia de justificación, por qué esa mirada en lugar de brillar con un vivo esplendor, se fijó impregnada de una profunda tristeza, sobre el hombre que se acercaba?

Le observó algun tiempo en silencio, y como sumergido en una reflexion dolorosa: despues, de repente, levantando la voz, como si finalizase una frase mentalmente comenzada:

—Y pensar, dijo, pensar que hubiérais podido emplear vuestra vida tan dignamente, y que habeis preferido perderla. ¿Qué digo, perderla? ¡Emplearla mal!

—¡Empleado mal! exclamó el hombre. ¿Cómo? ¿He oido bien? O mejor dicho, ¿es á mí á quien se dirigen esas palabras?

—Habeis oido perfectamente, y á vos se dirigen mis palabras, ¡ay! ¿Qué habeis hecho de vuestra vida?

—¿Qué he hecho? ¿Debo yo alabarme? ¿Preguntais, continuó, con un acento de protexta casi indignado, preguntad á todo el que me ha conocido. Preguntad á mis padres á quienes desde mi más tierna infancia y hasta el último suspiro no he cesado de prodigar el cariño más tierno y

el respeto más profundo. Preguntádselo á mis hermanos y hermanas; preguntádselo á mis amigos, si hubo nunca amistad más sincera y más desinteresada que la mia. Preguntad á mi mujer, que desde el primer momento hasta el último de nuestra union ha sentido siempre mi corazón latir al unisono del suyo. Preguntad á mis hijos á quienes he criado con amor, que he enriquecido con mi sudor, y á la herencia de los cuales, he añadido por último legado, el ejemplo de una vida pasada haciendo el bien. Preguntad á mi país á quien he servido con celo. Preguntad á los grandes y á los poderosos, que he honrado; á los desgraciados que he asistido con mis consejos y con mi bolsillo; á todos, en fin, sin excepcion, con los cuales he tenido relaciones, sino fui siempre justo y bueno? ¿Hay alguno entre ellos, que legalmente, pueda hacerme el más minimo reproche?

—A pesar de eso, contestó el bienaventurado, os pregunto aún otra vez: ¿Qué habeis hecho en vuestra vida? Se bien que bajo cierto punto de vista, en vuestra manera de vivir y vuestras relaciones con los hombres, estais exento de repro-

ches. ¿Pero es solamente á eso á lo que se limitan vuestros deberes? No os he oido decir nada de vuestras relaciones con Dios.

—¿Mis relaciones con Dios? ¿Qué relaciones puede tener con el ser humano?

—¿Qué relaciones? respondió el Santo. Vuestra pregunta me sorprende. Las relaciones de homenaje y de adoracion que la criatura debe al Criador, el ser miserable al ser Todopoderoso de quien depende su existencia y su dicha. Y puesto que por vuestro nacimiento, vuestro bautismo y vuestra educacion érais cristiano, añadido las relaciones mas directas que el Verbo hecho carne, el autor de nuestra redencion, ha querido establecer entre él y los hombres. ¿No habeis pensado nunca en ello?

—He pensado que si Dios se ocupa de la pobre humanidad, lo que dudo, no desea á la verdad de ellos, más que una cosa: es que vivan honrada y fraternalmente, conformándose con el fin para que les ha criado.

—Ante todo, me apresuro, dijo San Pedro, á protestar contra palabras que se asemejan á una blasfemia. «Si Dios, se

ocupa de los pobres humanos.» ¿Cómo podeis suponer que Dios, con su inteligencia y su bondad, para el cual vosotros no sois más que un pálido reflejo, haya criado los hombres para abandonarlos á si mismo? ¿Cuando habeis criado una familia os creéis autorizado para no ocuparos de ella, ó bien os creéis mejor que Dios, pobre gusano de la tierra!

—Y despues, continuó el Santo; criador de una familia, os creéis con derecho de exigir homenaje de respeto de vuestros hijos. En cambio de vuestros cuidados paternales pretendéis su afecto, y por una contradicción chocante, os preguntais si vuestro autor, de quien teneis todo, esperaba de vos algo. Otra vez os pregunto, ¿quereis valer más que Dios?

Reclamad. Pero entónces, en lugar de esa creencia absurda, debiais tener la convicción contraria. Debeis creer que Dios queria de vos pero en mayor escala, en relacion proporcionada á su grandeza y á vuestra pequenez, lo que vos exigiais de vuestros hijos. Ahora os alabais de haber pagado esa deuda sagrada en vuestros padres. ¿Por qué no la habeis pagado al padre supremo? Buen hijo para con

vuestros padres carnales, no habeis sido asi para con Dios.

—Confieso, respondió el hombre, que no le he rendido esa clase de homenaje del que haceis una obligacion.

—Restriccion pueril, respondió el Santo; no soy yo quien lo hace una obligacion, es la misma naturaleza de las cosas. Pero continuemos. A falta del homenaje directo, ¿os habeis dispensado, veamos como, por vuestra parte, habeis contribuido á rendir al Soberano Señor esa especie de homenaje indirecto que reconocis tiene derecho á esperar de sus criaturas humanas, es decir, una conducta conforme al fin para el cual las ha puesto en el mundo?

—Con respecto á eso, estoy completamente tranquilo. A la verdad, no es á mi á quien se podrá dirigir el reproche de haber eludido esa atencion á Dios. He hecho, hablando humanamente, todo lo que me era posible hacer. Vos mismo lo habeis reconocido.

—He reconocido, respondió el Santo, que abstraccion hecha de vuestras obligaciones directas para con vuestro Creador y Salvador, obligaciones que volunta-

riamente habeis olvidado, vuestra conducta ha sido, hablando humanamente, como decís muy bien, la de un perfecto hombre honrado. Pero eso no basta para hacer un hombre conforme al corazon de Dios. Dios quiere que el hombre, viviendo en sociedad, dé buen ejemplo á sus semejantes. ¿Qué ejemplo habeis dado, y cómo ha sido seguido?

—Un buen ejemplo, ciertamente; sino ha sido seguido, como hubiera debido ser, por mis hijos y por otros, la falta no me puede ser imputada. ¿Podía yo obligar á los demás á que me tomaran por modelo?

—No, ciertamente, dijo San Pedro; pero justamente en eso está vuestra culpabilidad. Decís que habeis dado buen ejemplo. ¿Pero con qué titulo? ¡Y en qué podía ser autoridad ese ejemplo! Presentais por modelo á vuestros hijos y á vuestros semejantes la manera de vivir de un hombre como ellos. ¿Por qué os habrian de imitar? Eran hombres como vos. Tan buenos como vos, podian pretender que siguiéseis su ejemplo. Vos viviais de cierta manera, porque vuestras inclinaciones os llevaban á vivir asi; ellos han vivido de otra manera porque sus inclinaciones les empu-

¡aban á vivir de otro modo. ¿Qué es lo que os autoriza para creer y para pretender hacer creer á los demas que vuestra manera, de vivir era la buena y la de ellos la mala? ¿Su naturaleza, sus inclinaciones, no valian tanto como las vuestras?

Desde el momento en que el hombre no es mas que hombre y no tiene que dar cuentas á un ser superior; en derecho, son todos iguales. Desde que no hay para ellos otra regla que la moral que se trazan ellos mismos, todo lo que hacen está bien hecho, y es una locura llamar licencia á la libertad, cualquiera que ella sea. Se dá el nombre de virtud á lo que solo es el efecto de una inclinacion natural. Segun esto, la vuestra ó pretendida por vos, procede de esto. Si la impulsion hubiera sido natural, otra hubiera sido tambien vuestra conducta. Nacido con instintos depravados, hubiérais seguido esos instintos, y sin tener derecho de vituperaros, se hubiera podido decir de vos: «Ese es un libertino, un ladron, un asesino,» como se ha dicho: «Ese es un hombre honrado.» No lo contradireis. Apariencia de virtud y apariencia de vicio, he ahí, segun vuestros principios, los úni-

cos productos igualmente legitimos de la moral independiente, y por consiguiente iguales.

Esto me confunde, lo confieso. ¿Cómo lo que os place llamar apariencias de virtud y apariencias de vicio, pueden ser tomados por vos del mismo modo?

Los pongo bajo la misma línea, en tanto que son el uno como el otro una sencilla manifestacion de la libertad moral del hombre, abstraccion hecha de la autoridad de Dios. Pero, considerados en si mismo, y en su valor relativo, es cierto que la apariencia de virtud siendo mas conforme con la ley divina, el estado de las cosas que cria es preferible sin ser mas meritorio por eso.

— Sin embargo, mi bienaventurado juez...

— ¿Pues qué, interrumpió el Santo, no lo he dicho ya? No hay virtud sin una victoria sobrenatural ganada por el hombre sobre si mismo. ¿Qué mérito puede haber en seguir la inclinacion de una buena naturaleza? Las bestias que obedecen á un acertado instinto hacen en este concepto tanto como vos. Viniendo de padres honrados y buenos, habeis nacido honrado y

bueno y fortificado por la educacion en vuestras disposiciones nativas, vuestra necesidad no podia ser más que mostraros en todo y para todos honrado y bueno. Obrar de otro modo que como hombre dulce, servicial, justo, caritativo, os hubiera sido naturalmete muy difícil, puesto que estais formado de dulzura, de cortesania, de sentimientos de equidad y de caridad. Cualidades excelentes, sin duda, pero que no las habeis adquirido vos mismo, y que, produciendo el bien sin esfuerzos, lo producian sin mérito.

—Pequeña victoria es entonces, dijo el hombre, con una sonrisa amarga, ser naturalmente virtuoso.

—Escasa victoria, en efecto, bajo el punto de vista de la deuda de la criatura para con su Creador, contestó el Santo, cuando naturalmente se limita á serlo. Pero á las cualidades naturales se puede dar un precio sobrenatural poniéndolas en obra para la gloria de Dios. ¡Ah! ¡si vos hubiérais hecho eso! ¡Qué beneficios para vos y para el bien de todos!

—Sí, para bien de los demás, pues en ese caso, vuestro ejemplo hubiese podido legitimamente proponerse á la imitacion de

vuestros semejantes y sin humillacion seguirse por ellos. Entónces no hubiérais sido sencillamente un hombre eficaz por su propio impulso y sin títulos para hacer aceptar este impulso á otro. Hubiérais estado en comunicacion con Dios, y vuestros actos, conformes á la ley de Dios. Vuestros actos buenos á la vista de Dios y sancionados por Dios, hubieran revestido un carácter en cierto modo divino. Entónces, hubieran producido el bien con una autoridad irresistible. En vez de esto, ¿qué ha sucedido? Esos actos realizados por vos de la misma manera y en las mismas circunstancias, han producido el mal en realidad.

—¿El mal decis?

—El mal, si, respondió el Santo. ¿Y por qué? Porque realizados sin intencion de unirlos con Dios, sin lazo manifiesto con la ley de Dios, y para terminar, en oposicion formal con la ley de Dios, que quiere que todo sea referido á Dios, estos actos aunque conformes en muchas cosas con la ley de Dios, parecian haciendo abstraccion de Dios, proclamar la inutilidad de su ley para producir la virtud en el hombre. Colocando á este enfrente de

su autor, como un ser independiente, negaban tácitamente la necesidad de la religion, pareciendo probar que sin ella se puede ejercer perfectamente el bien. Asi, esa superioridad moral que naturalmente poseiais, porque habeis sido formado y educado en una atmósfera religiosa, por padres penetrados de sentimientos religiosos, en lugar de reportar honra á la religion de quien indirectamente la obtuvisteis, habeis hecho con vuestro orgullo (porque no lo negaréis: el culto que negais al padre celeste, á pesar de lo que debiais á sus infinitas perfecciones, os lo dábais á vos mismo por vuestras pretendidas virtudes), habeis hecho, digo, de esa superioridad moral, que no os ha costado ningun esfuerzo, un arma contra la religion y contra Dios.

—Así, toda vuestra vida, con esas bellas apariencias, no ha sido mas que una mentira y una traicion. Traicion, porque afectando despreciar esa religion á la cual debeis todo lo mejor que teniais, la quitais el aprecio de los que tenian tanta necesidad de ella para curarse de lo que habia en ellos de malo. Mentira, porque esa vida, tan ejemplar en apariencia y

que (vuestro desprecio de la ley divina lo prueba) hubiera sido en una vida de licencia, si hubiéseis nacido menos feliz, vuestra vida decia á todos: «Ved, para hacer un hombre perfectamente honrado no es preciso religion.» ¡Siendo así, que el hombre perfectamente honrado paga su deuda á Dios, á quien debe todo! Pero, digo yo, que el perverso que confiesa su dependencia ante Dios, es ménos funesto, en la influencia que ejerce, que el hombre honrado que la niega ó la desconoce. Vuestro deplorable ejemplo, ¿cuánto mal incalculable ha causado?

—¿Qué mal hubiera podido causar, dijo el hombre, cuando vos mismo afirmábais ahora que no habia podido servir para el bien á causa de su carácter puramente personal, que le quitaba toda autoridad?

—Lo que era verdad para el bien, no lo ha sido para el mal, contestó San Pedro, por el motivo que, cuando se trata de imitar el bien, las inclinaciones perversas que, en general, tienden á dominar en el hombre, buscan toda clase de pretestos, reales ó ficticios, para no ceder. Al contrario, para seguir el ejemplo del mal, no exigen buenas razones; su propia satis-

faccion les empuja á dejarse resbalar por la pendiente que conduce al hombre al abismo. Y hé ahí, desgraciado, eso es lo que ha hecho vuestra honradez humana, ¿á dónde os ha conducido á vos y á todos los que se inspiraron en vuestro ejemplo?

—¿A dónde? Preguntó el hombre.

—¿A dónde?... dijo San Pedro. Preguntadlo, no á mí, sino á todos los códigos religiosos que, sin excepcion, imponen por primera obligacion á la criatura razonable, tributar al Creador el homenaje que se le debe. Preguntad particularmente al código del cristiano en la primera página del cual leereis: EL HOMBRE FUÉ CREADO PARA CONOCER, AMAR Y SERVIR Á DIOS, Y DE ESTE MODO LLEGAR Á LA VIDA ETERNA.

Despues de esto, preguntaos á vos mismo si la vida que habeis seguido ha podido conducirnos á ese fin.

faccion les empuja á dejarse resbalar por la pendiente que conduce al hombre al abismo. Y hé ahí, desgraciado, eso es lo que ha hecho vuestra honradez humana, ¿á dónde os ha conducido á vos y á todos los que se inspiraron en vuestro ejemplo?

—¿A dónde? Preguntó el hombre.

—¿A dónde?... dijo San Pedro. Preguntadlo, no á mí, sino á todos los códigos religiosos que, sin excepcion, imponen por primera obligacion á la criatura razonable, tributar al Creador el homenaje que se le debe. Preguntad particularmente al código del cristiano en la primera página del cual leereis: EL HOMBRE FUÉ CREADO PARA CONOCER, AMAR Y SERVIR Á DIOS, Y DE ESTE MODO LLEGAR Á LA VIDA ETERNA.

XII. DONDE SE VE QUE HAY BEATAS DE BEATAS.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¡Al instante! ¡Al instante! Dijo San Pedro, levantándose sobresaltado de la silla en que estaba sentado.

¡Plan! ¡Plan! ¡Plan!

—¡Al instante! ¡Al instante! Respondió. Y con su gruesa llave en la mano se dirigia á la puerta.

¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!

—¡Y bien! ¡Y bien! ¿Qué es eso? dijo dando una vuelta á la llave. ¿Temeis helaros fuera, para no poder esperar un momento?

—¡Ay! San Pedro, exclamó una beata, precipitándose como una bomba por la puerta apenas entreabierta, ¿preguntais si hace frio fuera del cielo? He creido que no abririais nunca.